

Un poco de fantasía, algo de sangre y unos cuantos
insectos

Marco Huaiquin



**Un poco de
fantasía, algo de
sangre y unos
cuantos insectos**

Capítulo 1

Una Presa en el Bosque



El sol se oculta con timidez entre las frondosas montañas detrás de las grises nubes que cubren el firmamento estrellado. El bosque oculta los últimos jirones de luz anaranjada antes de la caída de la profunda oscuridad. Los cazadores nocturnos preparan garras, alas y colmillos para salir a buscar su rutinario alimento. Mientras los grillos combaten contra las ranas para coronarse como los cantantes más escandalosos de la noche.

Pero todos estos guardan un sincronizado silencio, tan sepulcral como rotundo, para darle cabida a un par de apresuradas pisadas que se escabullen entre los gruesos pinos oscuros; los delgados y altos alerces rojizos; y los gigantescos laureles amarillentos. Éstas se detienen junto a unas nudosas raíces de un viejo laurel y se oye la dificultosa respiración de quien intenta recuperar el aire. Era un delgado joven adolescente, llevaba su cabello largo y desordenado hasta los hombros. Estaba agachado intentando ocultarse entre el follaje, revisando las múltiples heridas en su cuerpo.

El ritmo de sus inhalaciones va disminuyendo, cuando el crujir de ramas y hojas secas cercanas lo alerta de un peligro inminente. Un golpe seco lo hace girar por los aires durante varios segundos antes de azotarse en el tronco de un laurel más joven, para luego caer sobre las raíces de un pino retorcido.

Los pequeños habitantes de los árboles cercanos huyen con presteza, sin detenerse hasta estar fuera del alcance del gran depredador que había llegado. Una alta sombra de silueta humanoide avanza con lentitud dando pasos casi imperceptibles, extiende sus brazos hacia abajo y sus garras se van alargando por debajo de la altura de las rodillas, derramando espesa y oscura sangre sobre las hojarascas. Sus ojos brillan con un tono amarillento casi anaranjado, fijos en su presa y sus fauces se abren en una extensa mueca imposible, a la vez que dice con voz gutural:

— ¿Tuviste suficiente? Sabes perfectamente que no tienes oportunidad de huir. Acepta tu destino.

Con torpeza, lentitud e incluso algo de pereza, el joven apoya ambas palmas en las raíces cercanas, levanta el torso y escupe un cuajo de sangre hacia un costado. Luego se limpia la boca con una manga, sonrío y responde:

— Estoy recién empezando.

Su enemigo abre aquella boca infernal y con brusquedad sus colmillos crecen como cuchillos. Su víctima intenta ponerse de pie para huir pero no logra evitar ser capturado por las gigantescas fauces que lo aprisionan por

la parte superior del cuerpo.

El joven grita de dolor mientras la bestia lo azota en el aire de un lado a otro como si de un simple muñeco de trapo se tratara. Los colmillos se hunden con intensidad debajo del cuello y en el brazo izquierdo que cubre el pecho, evitando que lo descuartice de inmediato. Se defiende a patadas y rodillazos, aunque la resistencia es inútil. El terrible monstruo no para de azotarlo presionando con más intensidad.

Pero una presa arrinconada es la peor amenaza para un cazador.

Los gritos de la víctima se detienen de golpe y su expresión cambia del dolor a la determinación. Dos de los dedos de la mano libre se alargan como garras y se clavan con rapidez en los ojos de la bestia, provocando que ésta chillé de dolor y afloje la mandíbula, permitiéndole escapar.

En cuanto sus pies tocan el suelo, el sonido de sus pisadas se desvanecen bajo los quejidos del monstruo, el cual intenta alcanzarlo sin éxito con un movimiento de sus garras.

— Te agradezco lo aprendido hoy —el origen de la voz se dispersa entre las sombras del bosque y la bestia se gira hacia todos lados, desconcertada y desorientada, sin poder determinar su posición—. No sabía que mis manos se podían usar como armas letales.

— ¡Maldito! —su voz gutural irradia una ira asesina— ¡Me las pagarás! Ahora sí iré en serio. No tendré misericordia contigo. ¡No has visto aún de lo que soy capaz! —levanta la cabeza y cierra los ojos. Se concentra por unos momentos, inhala con lentitud para calmar su respiración agitada, para luego abrirlos de nuevo. Ante su sorpresa, éstos siguen sangrando a borbotones—. ¡¿Qué?! ¡No puede ser! ¡¿Por qué...!

— ¿...tus ojos no paran de sangrar? ¡Oh, no puede ser! Si eres taaaaan poderoso y yo soy taaan débil e indefenso —se burla con ironía mientras el sonido de su voz y las risas se escuchan cada vez más cerca.

— ¡Imposible! No puedes hacer algo así... —se detiene y queda estupefacto al darse cuenta de lo sucedido—. A menos que...

— ¿...hubiese estado jugando contigo todo este tiempo, sólo para aprender nuevas habilidades? —la voz se escucha como un susurro, con bastante claridad y detrás de su oído derecho. La bestia lanza un zarpazo, pero unas garras más fuertes lo sostienen con firmeza por los antebrazos—. ¿Como ésta?

Los ojos del joven brillan con un rojo intenso, abre su boca como enormes fauces y sus colmillos crecen con brusquedad, para luego clavarse con violencia en el cuello de su rival. Entre gritos de dolor y forcejeo, éste

último intenta zafarse sin éxito. Las garras que lo sostienen no ceden ni un centímetro. La sangre salpica las raíces de los árboles cercanos y las hojas caídas, la resistencia es cada vez menor y las quejas se van apagando. El sol termina de esconderse detrás de las montañas y sus últimos manchones anaranjados se desvanecen en el horizonte.

A lo lejos se escucha el sonido de un carruaje acercarse por un sendero empedrado y los cascos de varios caballos lo acompañan.

El bosque queda completamente sumergido en tinieblas y una tenebrosa risa se escucha entre ellas.

Capítulo 2

El Ataúd Verde



Era una tarde de invierno en Estocolmo. La noche y el frío ya abrazaban la ciudad desde hace un buen rato. Una joven pareja se reía alegremente en una pequeña cafetería llamada Ilcaffé, sentados en los taburetes grises del exterior alrededor de la mayor de las tres mesas redondas del mismo

color que se ubican ahí.

Él era un joven delgado de pelo castaño claro, corto y ralo, y rostro alargado. Llevaba un chaleco azul marino y unos pantalones claros. Estaba sentado con las piernas cruzadas muy cerca de su acompañante pero manteniendo siempre una distancia prudente como si no quisiera incomodarla, su actitud se podía interpretar como respetuosa y algo tímida.

Ella, en cambio, con cada risa estruendosa acortaba la distancia, posaba su mano en el antebrazo de él, e incluso inclinaba su cuerpo y presionaba su hombro en el pecho del joven. Tenía una actitud más de confianza y poco tapujo. Su cabello largo y negro lo tenía recogido con una larga trenza, su rostro redondeado y pálido asomaban un par de ojos sonrientes color café oscuro, casi negros. Lo que más destacaba era su gran sonrisa, casi desproporcionada pero a la vez agradable.

Sobre la mesa habían un par de tazas vacías, tres platos de postres con restos de migajas y cremas, con dos cucharas recién usadas y un tenedor sobre los mismos. Se asomaban unas cuantas servilletas dobladas y arrugadas, acumuladas sobre un borde de la mesa, al lado de estos platos. Ella sacó otra del servilletero cuadrado que estaba al medio de la mesa, se limpia los labios mientras suaviza sus últimas risas, para luego doblar el papel y dejarlo junto a los demás. Respira hondo un par de veces antes de preguntar:

— ¿Y por qué un chico como tú decidió estudiar medicina? —lo miró de arriba a abajo—. No te imagino en urgencias cosiendo heridas o arreglando huesos rotos.

— ¿No me imaginas en la labor de un doctor? —responde él con otra pregunta, entre ofendido y divertido por el comentario—. Ophelia, me tienes poca fe. Yo siempre he querido salvar vidas.

— Una cosa es querer salvar vidas, Keith, pero otra muy distinta es meterte a ensuciarte las manos. Hay que tener nervios de acero.

— ¿Estás diciendo que no tengo nervios de acero? —el joven se pone de pie entre risas y levanta el brazo haciendo ademán de llamar al mesero—. Por favor, la cuenta. Me largo de aquí.

— ¡No, no! —ella lo toma del brazo y lo baja para que se siente, mientras ambos ríen—. No digo que no los tengas, sólo que eres alguien tan lindo y sensible que no te imagino impasible y resolutivo frente situaciones tan fuertes —Ophelia posa su mano sobre el antebrazo de Keith y lo acaricia suavemente.

— Bueno, si lo pones de ese modo —el joven se pone tenso al principio, pero luego se relaja, le da unas palmaditas sobre la mano que lo acariciaba para luego apartar su brazo lentamente—. Te contaré por qué tomé la decisión de estudiar medicina.

»Cuando era niño, mi madre y yo vivíamos al norte de aquí, cerca de la funeraria Lavendla Begravningsbyrå, en la avenida Rådmanngatan, donde ella trabajó por varios años. Todos los días después del colegio iba allá a acompañarla y en la noche regresábamos juntos a casa.

»Mientras ella recibía a los fallecidos, les cambiaba de ropa, los arreglaba y maquillaba, yo estaba ahí jugando, dibujando o haciendo mis tareas. Estaba acostumbrado a estar en la misma habitación con aquellas personas fallecidas, para mí nunca fue incómodo ni terrible ni me daban miedo, incluso me quedé en varias ocasiones solo, leyendo o estudiando, sentado junto a los féretros.

»Me gustaba mucho sentarme junto a los ataúdes, sentía una paz y tranquilidad como un oasis dentro del caos de la ciudad y el ruido de las personas.

»Una de las cosas que más recuerdo era el olor. Había una gran habitación debajo de la funeraria donde guardaban a los recién llegados, tenía dos gruesas y pesadas puertas herméticas que parecían suspirar cuando las abrían, para luego escupirte encima una enorme bocanada de ese olor tan característico, una mezcla entre dulzor y amargura, tan fuerte que parecía que penetraba tu alma, y a la vez tan suave que se esparcía por todo el subterráneo hasta casi desaparecer.

»Un día me llamó mucho la atención un ataúd color verde musgo. No era para nada común uno así, la gran mayoría son café mate, y uno que otro blanco o algún color pastel. Pero éste llamaba mucho la atención, tanto que era incómodo. Yo estaba acostumbrado a la quietud y a los colores sombríos de la funeraria, en cambio este verde me hacía sentir repulsión, fue por primera vez que sentí un mareo al estar ahí, era un tono asqueroso, repugnante, inquietante, que irrumpía mi mente como un líquido viscoso.

»Desde aquél día, la intranquilidad comenzó a ir en aumento. Ya no podía pasar mucho tiempo en la misma habitación que ese ataúd. Hasta que oí su voz.

— ¿Su voz? ¿De quién? —preguntó intrigada Ophelia, que había escuchado atentamente todo el relato mientras revolvía su larga trenza.

»Una dulce voz —continuó Keith—, confundida, algo aturdida, que me

dijo:

»—¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?

»Mi mirada de asombro fue tal que no pude contestarle. La joven del féretro verde se había levantado, se restregó los ojos y estiró los brazos como quien despierta de un largo sueño.

»— ¿Qué sucede? —me pregunta ella, sin entender.

»— ¿Estabas viva? —le respondí con otra pregunta. No cabía en mi cabeza que un muerto se levantara así, debía de haber estado viva todo este tiempo.

»— Por supuesto, que estoy viva, ¿qué te hace pensar que yo... —se detuvo a mirar a su alrededor y se dio cuenta en dónde estaba.

»La mujer se puso de pie tan abruptamente que cayó al suelo haciendo un gran escándalo, botando de costado el asqueroso féretro verde musgo. Luego se echó en una esquina de la habitación y se puso a llorar. Al verla así, me compadecí de ella, todo el miedo se transformó en calma y me acerqué con cuidado, con ambas manos levantadas, diciendo:

»— Tranquila, tranquila. A veces las personas sufren de catalepsia y los demás creen que están muertos. Hay muchos casos de gente que ha despertado en los ataúdes.

»— ¿Qué? —mis palabras parecieron calmarla un poco. Se puso a reflexionar unos momentos y luego continuó—: ¿Cómo un niño tan pequeño sabe de esas cosas?

»— Me gusta leer mucho —le dije e intenté esbozar una sonrisa.

»Le tendía la mano y al sentir la suya, me estremecí un poco. Ella se dio cuenta y me acarició con la otra mano. Así me calmé también. A partir de aquél momento nos hicimos muy buenos amigos, hasta los días de hoy y fue gracias a esto que decidí convertirme en doctor. No quiero que alguien vuelva a pasar una experiencia de ese tipo.

Ophelia se quedó pensativa unos minutos, el mesero llegó y Keith pagó la cuenta. Luego de eso, él dijo:

— ¿Nos vamos? Se está haciendo tarde y hace frío.

— Bueno —responde ella, aún ensimismada por el relato.

Ambos se levantan, Keith le ofrece caminar del brazo y Ophelia acepta. Él se pone tenso un momento al sentir la mano de ella sobre su brazo, pero

la joven lo acaricia para calmarlo, logrando que se relaje, como siempre ha sido desde que se conocieron.

— Perdón —dice él—, creo que nunca podré acostumbrarme.

Capítulo 3

Oveja Negra

Aquella tarde salí apresurado de la oficina. Necesitaba un descanso luego del arduo día laboral. Me dirigí por la ruta habitual y por la cual me demoro alrededor de unos treinta minutos a paso ligero.

Llegué al semáforo de la esquina y me esperaba el hombrecito rojo de pie. Debajo iba la cuenta regresiva por el cuarenta y tantos. Miré hacia el frente y recorrí los rostros del tumulto por si encontraba a alguien conocido y me dio un vuelco el corazón al ver a mi padre.

Llevaba un año fallecido.

Luego del susto inicial, lo analicé bien y descarté, aliviado, que no era él, sino alguien muy parecido. Casi me orino en los pantalones.

Tal vez fuera por el aniversario de su fallecimiento. Mi madre llevaba toda la tarde compartiendo fotos de él en el grupo familiar de WhatsApp, pero nadie reaccionaba a los mensajes. Yo sólo atiné a comentar sobre el peinado de ella en una de las fotos de cuando vivíamos en Santiago, cuando yo apenas tenía dos años de edad, para no hacerla sentir mal.

Cada uno de los cuatro hermanos sintió su muerte de forma distinta, aún así nadie quiere recordarlo demasiado; era un infeliz el muy hijo de puta.

"No todo era malo, tu papá tenía muchas cosas buenas", dice mi madre cuando alguno de nosotros habla mal de él. Claro, tiene razón; sí, tuvo muchas cosas buenas de las que recuerdo con cariño, admiré toda la vida y trato de imitar. El problema era su mala actitud, que casi mata a mi madre, a mis hermanos e incluso a mí en incontables ocasiones, y jamás pidió perdón. Más bien actuaba como si nada hubiese ocurrido.

Dio el verde y ya tenía el día arruinado antes de llegar al otro lado de la calle con tan sólo repasar los recuerdos. "No", me dije, "esto no me afectará".

Seguí avanzando por la ruta de siempre, dejando de lado las avenidas hasta llegar a los estrechos callejones de los suburbios. Revisaba las redes sociales de vez en cuando para distraerme con memes. Todo iba de maravilla hasta que leí el mensaje que mi hermano mayor puso en el grupo de WhatsApp: "Siempre te recordaré, viejito".

No pude evitar soltar un bufido y pensar: "Obvio, fuiste el favorito. Nunca te dijo que eras la OVEJA NEGRA de la familia". Luego de eso guardé el celular y busqué consuelo en el paisaje a mi alrededor, pero algo me inquietó de inmediato mientras un escalofrío me trepaba con rapidez. "¿Dónde estoy?", dije con voz temblorosa.

Escudriñé en todas direcciones. Nada me era conocido. Las casas eran sucias y parecían desmoronarse tan solo con verlas, parecían haber sido abandonadas varios años antes.

Una de ellas se erigía encima de las demás, una terrible casa negra que parecía tener vida propia, con ventanas oscuras como ojos penetrantes y la puerta abierta con trozos de madera formando fauces hambrientas.

Eso no era lo peor... comencé a temblar, no pude moverme, abrí la boca sin poder gritar. Él estaba de pie en el pórtico, con su botella de vino abierta en la mano izquierda, derramando su contenido con cada sacudida y el cinturón de su pantalón en la mano derecha, mirándome con aquellos ojos negros desorbitados de furia, mientras avanzaba tembloroso hacia mí y decía: "Por fin llegaste, oveja negra".

Capítulo 4

Valhalla



Los gritos y cánticos de guerra anunciaron la llegada de las tropas enemigas antes siquiera de verlas aparecer al norte por sobre las colinas. Nid comenzó a temblar mientras asía con fuerza su escudo redondo con la mano izquierda y su lanza con la otra. Era un joven de tan sólo doce años, casi tan alto y delgado como su lanza.

Tenía muchas ganas de volver a su hogar, con su madre y sus hermanos, pero sabía que no lo recibirían bien si huía de la batalla. Casi todos sus hermanos mayores habían muerto luchando y eran recordados con orgullo por haberse ganado el Valhalla. En cambio él sería una deshonra por acobardarse ante el glorioso destino de ser llevado por una valquiria.

—¿Cómo se ve una valquiria? —susurró el joven Nid mientras temblaba de miedo y frío—. ¿Tendrán dos o más alas? ¿Serán hermosas y de rasgos

delicados, como Brenda? ¿o tendrán rostros curtidos por batallas como mi madre? ¿Tendrían un porte normal o serían descomunales como gigantes? —tratar de imaginarlas le ayudaba a distraerse.

—Definitivamente deben ser muy grandes y fuertes —respondió el fornido guerrero de baja estatura que estaba a su izquierda. Nid le dirigió una mirada de intriga—, para poder cargar a los guerreros hacia el cielo, creo yo —el joven asintió e intentó esbozarle una sonrisa amable.

—¿Vendrán por mí, Lars? —preguntó apesadumbrado, sin poder parar de temblar.

— Si luchas con valor, una valquiria descenderá del cielo exclusivamente por ti —le respondió con seguridad.

Nid intentaba imaginarse esa escena, siendo cargado en los suaves brazos de un ser de luz de alas extensas. Recordó su niñez, cuando cayó a un pozo a los seis años de edad y ninguno de sus hermanos quiso ayudarlo. Es más, se mofaban de él y lo llamaban "debilucho". Al alba los fuertes brazos de su madre lo sacaron de ahí con gran facilidad como si fuese un muñeco de paja, para luego llevarlo cargado con tanta suavidad que se quedó dormido antes de llegar a su hogar.

En la medida que los cánticos enemigos se hacían más fuertes, la emoción de sus compañeros aumentaba; algunos incluso comenzaron a cantar, intentando competir con sus rivales. Lars estaba eufórico, con los ojos casi desorbitados, riéndose a carcajadas y empujándolo con el codo para que hiciera lo mismo. La gran mayoría se veían contentos o extasiados, unos pocos se mantenían serios... sólo Nid temblaba de miedo.

Las tropas enemigas se detuvieron en la cima de la colina al son de un cuerno y luego tuvieron que esperar nuevas órdenes. La espera le dio ansiedad, comenzó a sudar y acalorarse. Sus nervios no podían más, sentía que su cabeza le latía con fuerza y que en cualquier momento explotaría. Hasta que escuchó de nuevo el cuerno de sus enemigos... su piel se puso de gallina, se le nubló la vista y casi cae desmayado.

— ¡Despierta, muchacho! Levanta tu escudo y prepárate —Lars parecía divertido.

Luego siguió el cuerno de su bando anunciando el inicio de la batalla, todos sus compañeros corrieron en busca de una muerte digna, mientras lo empujaban en la misma dirección. Lars lo llevaba del brazo casi flotando en el aire.

La lucha fue cruda y sangrienta, habían muchos gritos, vítores, gemidos y risas, mezclados con el olor del barro, la sangre, sudor y heces. Nid intentaba quedarse detrás de sus compañeros con el escudo en alto

protegiendo su cabeza, pero los demás lo empujaban hacia adelante y le exigían que luchara. Oía la voz de su compañero gritándole que se gane su lugar en el Valhalla, o que intentara dar un espadazo antes de morir, pero el joven no podía pensar, sostenía con fuerza el escudo y trataba de esconderse detrás de los demás.

Un hachazo partió su escudo en dos, tumbándolo en el suelo de espaldas. Nid cayó desvanecido, con los ojos y la boca abiertos, sobre un charco de agua y sangre, al lado de algunos cadáveres de los guerreros caídos antes que él. Al verlo ahí, con la ropa ensangrentada y una herida en su cabeza, parecía un muerto más. Pero no lo estaba, el golpe sólo le había nublado la vista, dejándole una herida superficial.

Fingió ser un cuerpo inerte, intentado respirar muy lento para no ser descubierto. Incluso cuando los demás pasaron por encima pisándolo, se aguantó con toda su alma reaccionar ante el dolor.

Cuando la batalla se trasladó hacia la parte baja de las colinas, Nid aprovechó de moverse con sigilo debajo de otros cadáveres apilados a su derecha, poniéndose boca abajo y cubriendo el rostro, llorando en silencio con los ojos cerrados. Recordó la voz de su madre, a veces gritándole órdenes todo el día; otras veces cantando y recordando antiguas batallas que tuvo en su juventud. "Hazme sentir orgullosa, hijo", le dijo con una gran sonrisa mientras lo empujaba para que dejara de abrazarla, él la miró con un gesto de súplica, pero no dijo nada para no decepcionarla.

Llegada la noche, la batalla se había trasladado hacia el río, al sur de la colina, bastante lejos de los primeros cadáveres y heridos que quedaron abandonados. Se oían gritos de dolor, gemidos y una risa macabra a lo lejos. Nid se giró con lentitud y escudriñó el campo de batalla en busca de alguien que aún estuviera de pie. Las nubes cubrían en profunda oscuridad la zona, pero pronto pudo darse cuenta que sólo quedaba gente agonizante y heridos graves. Podía oír a Lars cerca suyo cantando con voz débil.

El joven estaba moviendo los cadáveres que tenía encima, cuando un sonido de aleteo lo tomó por sorpresa, causando que su corazón de un brinco en su pecho. Nid se quedó inmóvil boca arriba, mirando con los ojos entrecerrados hacia todos lados, sin saber de dónde provenía aquel ruido.

Pasaron varios minutos y se escuchaba cada vez más fuerte, como si algo se estuviese acercando hacia él. Por más que escudriñaba el campo de batalla, no podía identificar el origen del ruido, así que cerró los ojos para concentrarse.

Al cabo de unos momentos se dio cuenta que provenía desde arriba, del cielo. Un segundo aleteo se escuchó también, pero más al noreste, luego un tercero, un cuarto y un quinto.

Nid abrió los ojos, los heridos dejaron de quejarse y empezaron a llorar, algunos incluso cantaban y alababan a Odín. "¿Están felices?", perdió la cuenta de los aleteos, eran demasiados e iban aumentando su intensidad. El primero de ellos se escuchaba cada vez más cerca.

Cerró los ojos de nuevo, en una lucha interna por dejar de temblar y llorar. Se imaginó el afable rostro de su madre, con rasgos duros pero mirada compasiva, cuando escuchó Lars a unos metros de sus pies, decir con asombro:

— ¿Ves muchacho? ¡Te lo dije! Vinieron por nosotros.

Nid giró su rostro con brusquedad y abrió ambos ojos como platos. El miedo se convirtió en incredulidad y asombro al ver que la fuente del sonido de aleteo era un enorme par de alas pertenecientes a una figura femenina y esbelta, de larga cabellera, suspendida sobre su compañero. Ésta se posó con suavidad en el suelo a un costado del moribundo, agachándose hacia él y estirando sus manos hacia el rostro asombrado, que había comenzado a llorar de alegría. El joven estupefacto no podía distinguir bien los rasgos de aquella figura que le daba la espalda, debido a la profunda oscuridad de la noche.

Observó a su alrededor cómo los demás aleteos pertenecían a siluetas similares que se posaban cerca del resto de moribundos.

"¿Éstas son las valquirias?", pensó el joven, "¡son muy altas!". Comenzó a sentir un alivio inmenso, el temor se iba y lo envolvió una paz que nunca antes había sentido en toda su lastimera vida. "Hermanos míos, a pesar de mi cobardía, nos veremos en el Valhalla. Madre, vive orgullosa de tu hijo Nid", pensaba mientras cerraba sus ojos y sonreía, llorando esta vez de felicidad.

Volvió la mirada hacia la valquiria que tenía más cerca y entrecerró los ojos para poder distinguirla mejor, sin éxito. Necesitaba ver el rostro de estos seres divinos. Las manos de ella acarician la cabellera del moribundo Lars, a la vez que empujaban su frente hacia atrás mientras éste cerraba los ojos con un suspiro de alivio y tranquilidad. Ni los enormes colmillos que se le clavaron en el cuello le arrebataron la paz que sentía ni mucho menos la sangre que le succionaban desde aquella herida perturbaban su expresión de alivio.

Nid comenzó a reírse con nerviosismo, no podía creer lo que veía. Se restregó los ojos con las manos embarradas y se quejó de dolor. Luego usó la parte menos sucia de su manga para quitarse el barro que cayó

dentro de ellos y poder mirar con dificultad. Aquella silueta seguía succionando la poca vida que le quedaba al sujeto.

Un escalofrío le recorrió la espalda con tanta fuerza que tuvo que sentarse por la incomodidad. La criatura soltó el cuerpo de su víctima, que cayó al suelo tan inerte como seco, y se giró bruscamente hacia él con unos ojos brillantes que amplificaban la casi inexistente luz del entorno. Al joven se le nubló la vista por unos momentos, su risa nerviosa aumentaba en volumen; sus piernas temblaban sin control y las lágrimas caían por sus mejillas a borbotones. A su mente le llegó otro recuerdo de su niñez, de cuando sus hermanos lo obligaban a caminar solo por el bosque de noche, diciéndole que de ese modo se haría valiente; de cómo lloraba todas las noches hasta el punto de reír mientras temblaba todo su cuerpo; del lobo que encontró una de esas noches y pudo recordar aquellos ojos brillantes en la oscuridad que lo observaban reír con lágrimas hasta desmayarse.

El resto de valkirias a su alrededor se giraron a verlo, muy atentas y algo desconcertadas, algunas se miraron entre sí, pero luego de un momento continuaron bebiendo la sangre de los guerreros moribundos hasta dejarlos secos.

Nid ya no podía distinguir nada por la cantidad de lágrimas en sus ojos, por lo que tarde se dio cuenta que la valquiria más cercana estaba de pie a su costado, con la mirada fija en él. Sólo podía distinguir dos ojos brillando incrustados en el rostro de una silueta femenina, más oscura que la misma noche, y el aliento saliendo de unas fauces de enormes colmillos que babeaban un espeso líquido oscuro.

Le pareció oír cómo la criatura lo olfateaba y un bufido antes de escuchar un fuerte aleteo, acompañado de una rápida y poderosa brisa sobre su rostro que lo empujó de nuevo hacia el frío y húmedo suelo; seguido de varios aleteos similares alrededor suyo hasta quedar en un absoluto y cerrado silencio sepulcral. Luego de un momento, sintió todo su cuerpo adolorido por la batalla, el entumecimiento y las risas descontroladas que ya iban cesando. Se quedó un buen rato recostado en el suelo, viendo cómo las nubes se despejaron en el cielo, dando paso a una enorme, brillante y roja luna llena. Se levantó lenta y nerviosamente, apreciando la luz que iluminaba los cadáveres del campo de batalla. El antes fornido Lars yacía en el suelo seco, como un tronco retorcido. Era una vista muy asquerosa, pero ya no había ninguna criatura oscura ni tampoco ningún magnífico ser divino... Sólo él, su llanto de impotencia y su cobardía que lo alejó para siempre del Valhalla.

Capítulo 5

Los Ojos Azules

El Reencuentro

Carla inhaló con lentitud el aire fresco, algo húmedo, que llevaba consigo el olor a jazmín de los jardines. El sol de la tarde otoñal bañaba la Plaza Independencia en una luz dorada y cálida. Las hojas de los plátanos centenarios caían con lentitud, pintando los adoquines con rojos intensos y naranjas vibrantes. Los suaves murmullos de los transeúntes y las aguas danzantes de la fuente creaban un ambiente reconfortante, un oasis en medio del bullicio de la gran ciudad de Mendoza.

Cada Abril llegaba con fuerza a recordar los mismos aromas y colores que la transportaban a aquella época de su niñez cuando jugaba, corría y saltaba por los bancos de hierro bajo los plátanos y jacarandás. Mientras la silueta de su padre, solemne, sosteniendo el periódico bajo el brazo, la observaba bajo aquella vieja boina negra. Cada vez que ella lo miraba, él le devolvía una cálida sonrisa y esperaba paciente, de pie siempre, a que se cansara para volver juntos a casa.

Sentada frente a la fuente, cruzó las piernas, se arregló la larga cabellera ondulada y castaña, levantó las gafas de sol mostrando sus bellos ojos heterocromáticos: uno azul y otro color miel. Sacó el celular del pequeño bolso gris que llevaba a un costado. Eran las tres con doce y aún no había señales de Sofía, su "bestie" de la infancia. Aún así estaba tranquila porque sabía que llegaría tarde, por el mensaje que había recibido hace unos minutos.

Estaba muy emocionada y nerviosa, no la veía desde hace unos nueve años. Fueron las mejores amigas desde que tenían memoria, hasta que la familia de Sofía tuvo que irse de la ciudad por problemas económicos y desde entonces era poco el contacto que tenían.

Pero ya no eran niñas, ambas eran mujeres adultas e independientes de veinticuatro años y su amiga había arribado a la ciudad para quedarse por unos días.

Vio además en la pantalla del celular que tenía nueve notificaciones de "Morenazo ☐☐".

— ¿Qué le pasó a este hombre? Apuesto que no recuerda dónde se guarda la sal —dijo resignada, pero sonriendo—. Si él quiso cocinar hoy, debe

saber arreglárselas solo. Yo le dije que estaría ocupada hasta tarde.

Como aún tenía algo de tiempo de sobra, abrió curiosa los mensajes de su pareja:

Carla, llegaré tarde a la casa, pero creo que lograré estar antes que tú [15:08]

Así que no te preocupes, que no faltaré a mi promesa ☐☐[15:08]

Don Carlos me pidió ir a verlo ahora, que en la noche viaja a Alemania. Si no, tendré que esperarlo hasta Mayo [15:09]

Deséame suerte ☐☐[15:09]

Te amooooo [15:09]

☐☐[15:09]

☐☐[15:09]

☐☐[15:09]

☐☐[15:09]

Carla sonrió mientras se mordió el labio inferior, los mensajes de su pareja siempre le llenaron el pecho de un calor agradable que se colaba por el resto de su cuerpo con fugacidad. Le responde:

¿O sea que la presentación de tu nueva obra es más importante que preparar la cena para tu adorable novia? Esto no se quedará así ☐☐ [15:15]

Broma ☐☐es una excelente noticia ☐☐[15:16]

Éxito mi vida, sé muy bien que te irá bien ☐☐[15:16]

Estuvo a punto de agregar otro mensaje más empalagoso cuando se dio cuenta de la presencia de una señora de avanzada edad que la observaba de pie frente a la fuente de aguas danzantes. Su boca se movía, pero su voz era imperceptible. Llevaba el cabello gris ondulado y desordenado, tapándole en parte su rostro; sus ojos no se distinguían por las sombras de los mechones rebeldes. Vestía un largo camisón celeste y parecía no llevar nada debajo de éste, como si se hubiera arrancado de alguna institución mental.

Al principio no le prestó mucha atención, pero en la medida que se acercaba a ella el tono de sus palabras fueron creciendo hasta tapar

cualquier otro sonido a su alrededor.

Carla miró nerviosa hacia ambos lados, buscando los rostros de las personas cercanas y quedó perpleja al notar que nadie le prestó atención a aquella anciana, ni siquiera parecían oírla ni verla. Se volvió hacia su rostro y pudo apreciar los coléricos ojos azules inyectados en sangre, así como la desdentada mandíbula arrugada que le gritaba:

— ¡Jamás serás nadie, Anna! ¡Tu trabajito de mierda como profesora no compensará la pésima madre e hija que eres! —Gritaba fuera de sus cabales, escupiendo hacia Carla con cada palabra. A esa distancia se sentía el olor a pudrición saliendo de su boca.

— Señora, está equivocada. Yo no me llamo Anna ni soy profesora —intentó responder lo más cortés que pudo, cruzando los brazos para contener los temblores. La situación aumentó su ansiedad a niveles tan altos que no pudo mantener la vista sobre ella, por lo que inclinó la cabeza hacia un lado y se abrazó a sí misma con fuerza.

— ¡Ese mocoso está enfermo, como tú, como tu hermana y como yo!

La joven gritó al sentir una mano en su hombro, pero una voz suave le dijo:

— ¿Estás bien? —Carla se volvió con presteza y para su sorpresa vio el rostro preocupado de una mujer de ojos oscuros, con la larga cabellera negra tomada en una trenza. Reconoció de inmediato aquellos hoyuelos en las mejillas.

— ¡Sofía! —Se volvió con temor hacia todos lados, buscando sin éxito a la vieja loca. Luego respiró lentamente para calmarse y se levantó para abrazar a su amiga de la infancia—. Perdón, perdón. Creo que me quedé dormida y tuve una pesadilla horrible.

— Por un momento pensé que te aterraba verme de nuevo —dijo riendo su amiga—. Perdóname tú por el retraso, ese colectivo parecía avanzar echándole carbón.

— ¿Cómo piensas eso? No sabes lo ansiosa que estaba por verte, querida. Han pasado ochenta años, como dice el meme.

— Tonta —Sofía no puede evitar reírse—, yo también estaba ansiosa y tengo muchísimas cosas que contarte, querida.

— Te invito un café entonces. Vamos.

La Cena

Eran pasadas las nueve cuando Carla llegó a su departamento, al entrar había música proveniente de la cocina y el olor a algo recién quemado impregnaba el ambiente. Desde la puerta de la cocina pudo apreciar al morenazo de Raúl sacando una lasaña carbonizada del horno.

— Eso no fue lo que me prometiste en la mañana —le dijo ella con una risa burlona.

— ¡Carla! ¿Ya llegaste? Pensé que llegarías a las... ¿qué hora es?

—Asombrado y confundido, se quedó con el asador humeante en las manos por unos momentos, para luego dar un brinco y llevarlo hacia el lavaplatos.

— Son las nueve y diecisiete. ¿A qué hora llegaste? —Observó con preocupación a su pareja luchando por no quemarse los brazos ni las manos—. ¿Y si pedimos una pizza?

— No, no. Tú no te preocupes por la cena, es mi tarea. Lo prometí. Mejor cuéntame cómo te fue en el reencuentro.

Carla se sentó en un taburete al lado de la isla de la cocina, observando con admiración y diversión a su hombre.

— Ha sido increíble, como si los años no hubiesen pasado. Me sentí como una niña otra vez. Recordamos viejas historias de nuestra juventud y nos pusimos al día con lo que cada una ha vivido en estos años. —Tomó un vaso cercano y se sirvió un poco del jugo de naranja que había en la mesa—. Claro, habían cosas que nos habíamos contado por mensaje, pero en persona pudimos hablar de lo que sentimos cada una en los momentos más alegres y en los más complicados.

— Me alegro que lo hayas pasado bien, amor —luego de apagar con éxito lo quemado, fue a la alacena y comenzó a buscar otra asadera—. Me imagino que con "momentos alegres" te refieres a cuando me conociste.

— Yo diría "complicado" más que "alegre" —respondió ella con una risa burlona.

— Ouch —hizo un gesto de dolor mientras puso una mano en el pecho.

— Pero lo mejor de todo fue sentir su cercanía. Sofía siempre fue mi mejor amiga y, a parte de ti, por supuesto —le guiñó un ojo con

picardía—, es con la persona que más me siento yo misma. Nos faltó tiempo para seguir conversando, pero estoy muy contenta de tenerla cerca una vez más. Además me contó que tiene planeado volver a vivir en Mendoza —luego de beber todo el contenido de su vaso, comenzó a jugar con él equilibrándolo entre su dedo índice y la mesa.

— ¿En serio? Me imagino que su reciente ruptura debe haber sido un impulso a tomar esa decisión —ya con el nuevo asador, se dirigió hacia el mesón que se encontraba lleno de harina y rastros de masa para reiniciar su labor de cocinero.

— Sí, aunque no fue solamente eso. Me contaba que extraña la ciudad, el ruido, la gente. Y que su familia, para variar, la ha criticado por no haber "perdonado" a su ex, más que apoyarla en su dolor —se puso de pie y dejó el vaso en el lavaplatos.

— ¡Qué mal! ¿Por qué no todos podemos tener padres como el tuyo? Que Dios lo tenga en su santo reino. Hasta yo hubiese querido a alguien como tu padre en mi vida.

— Gracias, mi morenazo. Eres muy tierno —le lanzó un beso y le guiñó un ojo mientras volvía al taburete.

— Es verdad.

— Si Sofía se decide en volver a Mendoza sola, la tendré más cerca para apoyarla y animarla. Incluso hasta puedo presentarle a algunos amigos que le harán olvidarse de su ex... por lo menos por una noche —se rió maliciosamente.

— Debí imaginarme que dirías eso —suspiró y cruzó los brazos. Miró hacia todos lados buscando el uslero.

— ¿Y cómo te fue con don Carlos? Dime que aprobó poner tu obra en la exposición de la próxima semana. Si no, iré a Alemania a golpear tan fuerte su trasero que lo sentirán hasta sus nietos —dijo levantando un puño en señal de amenaza.

— Bueno, espero que nunca cumplas esa promesa —le dijo él, sonriendo e imaginando la escena—. Me dijo que él sí lo aprueba, pero todavía queda conversar con Don Pedro.

— ¡Qué bien, amor! Esto hay que celebrar como Dios manda —se bajó de un salto del taburete, se acercó coqueta a su pareja, le quitó el delantal con destreza y precisión, le arrancó los guantes de las manos para aventarlos hacia donde cayeran y tiró de él con fuerza hasta que sus

cuerpos quedaron pegados—. Vamos a la cama y pidamos pizza.

— Pero, aún me falta hablar con... —intentó resistirse, pero chocó contra un apasionado beso.

— Nada de peros. Sabes muy bien que Don Pedro es el perrito faldero. Si don Carlos dijo que sí, es un sí —le mordió la boca aguantando las ganas de arrancarle los labios—. Tengo hambre de ti, ahora. Ya —se dio la vuelta y se envolvió con sus brazos, presionando su cuerpo contra el suyo—. Me puse caliente con tan solo verte intentar cocinar.

— A sus órdenes.

Entre caricias, besos y risas, se fueron desvistiendo de camino a la habitación, dejando las luces prendidas a su paso. Carla tomó su celular unos segundos, presionó con presteza un par de veces la pantalla y luego dijo triunfante:

— Listo, llega en cuarenta minutos.

— Eres tremenda.

— Lo sé —respondió con una sonrisa orgullosa.

Un par de horas más tarde, Carla se despertó inquieta mientras Raúl roncaba a su lado. Se puso una camisa y avanzó a paso raudo hacia la cocina, aún medio dormida. Al pasar por el living, escuchó el sonido del televisor encendido con volumen bajo y un niño de unos diez años sentado en el sillón viendo "La Pantera Rosa".

— Último capítulo y a dormir, Matt. Recuerda que tienes cole mañana —le reprochó sin detenerse.

— Sí, mamá —le respondió él con tono avergonzado al darse cuenta que lo habían descubierto.

Carla llegó a la cocina buscando algún trozo sobrante de pizza y al no encontrarlo, fue a la despensa por una rebanada de pan. Luego se dirigió al refrigerador, sacó un pote de mermelada de frambuesa y lo dejó en la mesa. Finalmente tomó un cuchillo para untar la mermelada y es en ese momento cuando quedó paralizada, dejó caer el servicio al suelo para taparse la boca en un gesto de temor.

Corrió de vuelta al living y encontró el televisor apagado. No había rastro del niño.

Se toma el cabello con ambas manos, tenía los ojos abiertos de par en par y respiraba con dificultad. No podía creer lo que había pasado. Se dio la

vuelta, corrió hacia la habitación y se metió de un salto debajo de las sábanas. Raúl se despertó por la brusquedad y sintió a Carla abrazarlo con fuerza, acurrucada entre sus brazos, temblando de miedo.

— ¿Qué te sucede? —preguntó desconcertado—. ¿Qué pasó, Carla?

— Creo que tuve otro sueño vívido. Vi a alguien en el sillón viendo tele, le dije que se acueste temprano que mañana iba al colegio y me respondió: "Sí, mamá". Cuando llegué a la cocina, me di cuenta y corrí de regreso, pero ya no estaba.

— Me cago —la reacción fue muy sincera.

— Es la segunda vez que me pasa algo así hoy día.

— ¿Segunda vez?

— Abrázame y durmamos con las luces encendidas, por favor —Carla levantó su rostro para mirarlo con súplica.

— Amor, debes estar muy estresada por el trabajo y agotada mentalmente luego de haber estado con Sofía. Pero no te preocupes, yo te protejo de los fantasmas.

— Tonto, no te burles.

— A lo mejor es una señal. Si te dijo mamá, ¿no será nuestro futuro hijo?

— ¿Te imaginas que fuese eso? —Su rostro perdió todo rastro de temor y se llenó de ilusión—. Sería genial.

— ¿Viste cómo era? ¿Se parecía más a mí o a ti?

— No —le hizo pucheros—, no vi su rostro.

— La próxima vez intenta verlo bien para que sepamos qué tan lindo será nuestro futuro hijo.

La pareja sigue conversando de sus ilusiones como futuros padres hasta quedarse dormidos nuevamente.

Trabajando

El día siguiente estuvo nublado gran parte de la mañana, para luego asomar una pizca de sol a medio día. Después de la hora de almuerzo, Carla estaba posada sobre la ventana con los ojos cerrados, intentando aclarar sus pensamientos con algo de luz solar. El timbre le avisa del inicio de la jornada de la tarde. Ella suspira y vuelve a la realidad al escuchar a los niños entrar al salón de clases como un tsunami de gritos, empujones y patadas.

"Será una larga tarde", se dijo luego de un gran suspiro.

El curso estaba compuesto por niños de diez y once años. Ella intentaba imponer orden golpeando su mesa con la larga escuadra que llevaba en su mano, pero los decibeles de los cuarenta y tres niños que abarrotaban el salón tapaban los intentos de hacerlos callar.

La cabeza le retumbaba desde el interior, la falta de sueño y el cansancio golpeaban al ritmo de los gritos y peleas de los pequeños. Se puso de pie con brusquedad, lo cual empeoró la jaqueca, haciendo que su vista se nublara por unos segundos. Se sostuvo las sienes con ambas palmas y por su mente un pensamiento intrusivo, furioso y un poco retorcido comenzó a emerger.

Abrió los ojos de golpe y, desde el fondo de su alma, un grito se impuso sobre el desorden y los chillidos:

— ¡¿Pueden hacer silencio, pequeñas mierdecillas?! —Un silencio profundo consumió las voces de cada niño, incluyendo a los desordenados del fondo—. ¡Abortos fallidos, hijos de un condón roto! ¡Sus madres debieron habérselos tragado!

Una mano suave le acarició sobre el antebrazo, provocándole un brinco de susto.

— ¿Estás bien, Carla? —Con voz preocupada, una joven de tenida elegante, morena de cabello largo y liso, la miraba con expresión comprensiva.

— ¿Lucía? —Atónita observa a su colega de la oficina, abogada igual que ella, sosteniéndola del brazo.

En su mano ya no se encontraba la escuadra, sino un puntero metálico y delgado. Con horror se volvió hacia sus oyentes: los nueve miembros restantes de la firma, en la sala de reuniones, sentados observándola con desconcierto. Algunos se movieron incómodos en sus sillas.

En el medio estaba don Marco, el jefe. Se levantó de su asiento con la típica solemnidad que lo caracterizaba y se acercó hacia ella sin expresión evidente en el rostro. Era un hombre alto, de cabello corto, despeinado,

pero que imponía respeto a cualquiera que se pusiera por delante. Se interpuso entre ella y el resto de la firma, la miró directo a los ojos con sus pupilas café claro, le tomó ambas manos y dijo:

— Debes haber tenido una muy mala noche como para llamarnos "hijos de un condón roto" —algunos colegas se rieron, otros los hicieron callar y el rostro de Carla se tornó rojo y humeante—. Acompáñame un momento.

Ambos salieron de la sala de reuniones y se dirigieron a la oficina de don Marco. Una vez allí, Carla rompió en llanto e intentó disculparse pero las palabras se atoraron en su garganta:

— Yo... yo... no...

— Carla —la interrumpió con una mano en alto—. Tómame el resto de la semana, te lo debo desde hace tiempo. Lucía se encargará del caso Willis hasta que te recuperes —ella queda atónita ante lo comprensivo de su jefe, algo muy inusual en él—. ¿Pensaste que te despediría por tener un episodio así?

— Bueno... no sé —dijo algo apenada.

— No soy un jefe tan terrible —respondió con una sonrisa—. Estás pasando por demasiado estrés, es normal en nuestro oficio. Yo también he tenido mis episodios "esquizofrénicos" en el pasado, sólo que no frente a toda la firma —el rubor volvió al rostro de Carla en menos de un segundo—. Sé que debió haber sido terriblemente vergonzoso. Vuelve a tu oficina y arregla tus cosas. Te pediré un taxi que te lleve a casa.

— Gracias, don Marco —lágrimas salieron de los ojos de Carla, pero su mirada era de agradecimiento total.

— De nada, Carla. Eres indispensable, así que ve a casa, descansa y nos vemos la próxima semana. Avísale a tu pareja para que no se preocupe.

No pudo seguir agradeciendo el gesto de su jefe, ya que éste se fue enseguida, de regreso a la sala de reuniones.

El Departamento

Carla llevaba más de dos horas arrebujada debajo de las mantas en su habitación, aún avergonzada por lo que había hecho. Sólo sacaba las manos y el rostro para responder los mensajes de ánimo de Raúl, que ya

le había avisado de que iba en camino.

— ¿Qué me está pasando? Es como si me quedara dormida a plena luz del día. ¿Será realmente estrés? ¿O me estaré volviendo loca? Tal vez debería pedir una hora con el psiquiatra —se revolvió en la cama, emitiendo chillidos de frustración—. ¡Tenía que pasarme en la oficina, frente a todos! Deben estar riéndose de mí aún —puso su cara en el cojín y gritó con fuerza ahogada—. No, no. Ya basta de compadecerme. Me levantaré, prepararé algo rico y esperaré a Raúl en el living. Lo que pasó, pasó y no puedo cambiarlo —dijo con determinación y saltó con agilidad fuera de la cama—. Tengo que mirar hacia adelante y resolverlo. Esto no me ganará. ¿Qué pensaría mi padre de mí?

Al salir de la habitación, su pie pasó a golpear una mochila que se encontraba en el suelo. Estaba abierta con algunos cuadernos a punto de caerse.

— ¡Matt, ven aquí! ¡¿Cuántas veces te he dicho que no dejes tus cosas en el suelo?!

— Ya voy, mamá —le responden desde algún lugar del departamento.

La levantó con cuidado, intentó cerrarla, pero estaba trabado el cierre. De pronto, una navaja cae desde el interior, rozando muy cerca su pierna justo en el momento en que aparece el niño. Carla suelta el bolso y recoge la navaja con furia.

— ¡¿Qué significa esto, Matt?!

— Puedo explicarlo... —los ojos azules del niño observaron con temor el arma, mientras levantaba las manos a modo de súplica.

— ¡¿Qué pretendes?! ¡¿Vas haciéndote el rudo en el colegio para impresionar a las niñas?! ¡¿O acaso eres un delincuente y le robas a tus compañeros indefensos?! —Carla movía la navaja de un lado hacia otro, peligrosamente cerca del rostro aterrorizado del pequeño—. ¡¿O acaso eres parte de una banda?! ¡¿Qué mierda pasa por tu cabeza?!

— No, mamá. Por favor, baja eso. Tengo miedo —la punta de la navaja estaba cada vez más cerca de su cuello. El niño había retrocedido hasta la pared y no tenía más lugar hacia donde escapar. Carla tenía los ojos desorbitados de furia y sus manos temblaban.

— Mi madre tenía razón. ¡Estás enfermo! Al igual que ella, quieres destruir mi vida. He dado los mejores años de mi vida por ti. ¡¿Y así es como me lo agradeces?!

— Mamá, por favor. Deja expli... —las palabras se le atragantaron en la boca. Sus ojos llorosos no dejaban de observar a Carla con un profundo horror, mientras ella le sostenía la nuca con una mano a la vez que hendía el filo con fuerza y lentitud en un costado de su delgado cuello. Sus manitas lucharon en vano por apartar las decididas manos de su madre.

— Si no hubieras nacido, él aún estaría conmigo. ¡Lo apartaste de mi vida!
—la voz le tembló, las lágrimas le brotaron a borbotones, su cuerpo se estremeció sin dejar de empujar la empuñadura, su rostro rojo de ira mantuvo la mirada fija en aquellos ojos azules que tanto odiaba. Los brazos de su hijo cayeron flácidos hacia los costados.

— Hola, amor, ¿qué haces de pie frente a la pared? —La voz de Raúl denotaba confusión y la hizo girarse con brusquedad hacia la puerta de entrada. Luego se volvió hacia el espacio vacío donde debía estar el pequeño—. ¿Qué haces con ese cucharón? ¿Estás cocinando? —El joven se acerca a ella, pero se detiene a observar una muesca en la pared—. ¿Estabas apuñalando la pared con eso?

Raúl se rió de su propio chiste, pero se tragó sus palabras cuando Carla lanzó el cucharón hacia la cocina y rompió en un llanto desconsolado. Él se acercó con torpeza para abrazarla, intentando darle algo de consuelo. Ella no paraba de temblar con violencia, en posición fetal, con la cabeza afirmada en el suelo.

El Espejo

Carla se despertó asustada en la cama, miró el reloj y eran casi las cinco de la mañana. Se giró hacia Raúl, pero éste no estaba en su lado de la cama. Entonces entró en pánico.

— ¿Raúl? ¿Raúl? —lo llamaba con voz temblorosa.

— Aquí, en el baño —respondió él desde el otro lado de la puerta—, ya casi termino.

— Perdón, perdón. Aún estoy un poco nerviosa —se tendió con alivio, atravesada en toda la cama.

— No te preocupes, amor —respondió él con tono compasivo—. Te entiendo. Voy enseguida para seguir luchando con los fantasmas del departamento.

— Tonto —ríe con los ojos cerrados.

Ella puso sus manos en las sienes y agradeció tener a alguien tan comprensivo a su lado. Después de todo lo que había pasado, seguía considerando en ser madre. Con un hombre así, valía la pena el esfuerzo y estaba segura que él sería un gran padre. ¿Ella estaría a la altura o se volvería loca como en sus sueños vívidos?

Le pareció haberse quedado dormida en esa posición, volvió a mirar el reloj pero habían pasado sólo dos minutos. Un extraño olor en la cama le llamó la atención. Se levantó a revisar y se detuvo de golpe porque le pareció extraño no escuchar ningún ruido proveniente del baño. Caminó con suavidad hacia donde debía estar su pareja.

Al entrar la luz se encontraba apagada y no había nadie en su interior. La joven quedó boquiabierta y confundida por unos segundos. Avanzó con desconfianza hacia el interior, sus pies descalzos se estremecieron con el frío de las baldosas. Se acercó lo suficiente para poder mirarse al espejo y fue entonces cuando volvió a temblar de pies a cabeza al ver sus dos ojos de color azul, llenos de lágrimas que no paraban de brotar y que empapaban su delgado rostro. El extraño olor se intensificó y pudo identificar el aroma metálico, ligeramente dulzón y repulsivo, esta vez proveniente de ella misma. Bajó la mirada y con horror vio sus manos y ropas manchadas de sangre seca.

— ¿Raúl? —preguntó con temor al no recibir respuesta.

Esta vez nadie contestó. Su lugar seguro en el mundo, luego de la muerte de su padre, no se encontraba ahí. Se dio cuenta que nunca estuvo ahí. Que aquella nunca fue su vida.

Su expresión gentil y temerosa cambió, su rostro se llenó de una ira ciega, la misma que la había acompañado desde que tenía conciencia, la que creció año a año, golpe a golpe, gracias a su madre. Se volvió hacia el espejo, viendo en su rostro el mismo de aquél monstruo que debió protegerla en su niñez y lo golpeó con tal fuerza que dejó su puño enmarcado en el centro. Las esquirlas cayeron sobre el lavamanos y las baldosas. Vio su imagen partida en miles de trozos y gritó con furia y frustración:

— ¡¿Qué hiciste, Anna?!